

Biografía de luz y sombras sobre las marismas

Lola Garrido

Marismas del Guadalquivir. Centro Cultural Conde Duque y Diputación de Sevilla, 2000.

El paisaje que nos rodea es una suerte de bandera que ondea sobre nuestras cabezas. La luz, la temperatura, sus límites, forman parte de nosotros hasta el punto de ser quienes somos por los paisajes que habitamos. Atín Aya es un fotógrafo de origen navarro que vive en el Sur. Ha escogido una zona cercana a Sevilla, las marismas del Guadalquivir, y la ha trabajado de forma exhaustiva: ha retratado el paisaje natural, a los hombres que lo habitan, la vida cotidiana, su entorno, para realizar un mapa topográfico del alma de sus gentes y de sus paisajes; un estudio sociológico y poético de una zona de enorme belleza, fuerte y terrible como todo lo hermoso, que termina por dejar huella en la mirada y en la piel de los que viven en ella.

En esta zona andaluza de las marismas del Guadalquivir la luz reverbera con fuerza e insolencia, las arenas son amplias y secretas, los cielos y el horizonte parecen ilimitados, transmitiendo una sensación de infinito. Las formas se evaporan en el espacio como si de repente pudieran desvanecerse en la nada o henchirse de una energía invisible. Los paisajes están tratados con una mística que les confiere una poderosa fuerza. Son hombres y paisajes estéticos y fuertes, impregnados de una arquitectura de horizontes descompensados. El cielo ocupa un lugar preeminente y Aya parece ordenar el espacio como una especie de nebulosa sin centro, un ámbito para estar, para pasar, para mirar, pero nada acogedor. La marisma del Guadalquivir es un lugar donde existe el tiempo y nos da la sensación de que anteriormente estuvo habitado por los dioses. Las personas retratadas por Aya faenan con energía, pero tras la dura jornada –retratos de frente, al estilo de August Sander- aparecen con los ojos agotados de tanta luz, de tanto horizonte, por lo que apreciamos en ellas una cierta derrota, un cansancio casi metafísico de vivir en unas tierras en las que la belleza, siendo cotidiana, resulta al fin apabullante. Vivir en un lugar sin límites, donde la claridad es consumida a diario por nuestros ojos, como un agua que fluye, como un tiempo esencial, no es fácil. Lo difícil es inventar allí donde lo real le retiene a uno. Los hombres y mujeres de las marismas que ha retratado Atín Aya, así como sus paisajes, son realistas hasta resultar fantásticos y se advierte, observándolos, una fusión sutil entre arte y naturaleza.

Percibo en las fotografías de Aya la concreción, la sencillez, la austeridad y belleza de los mejores bodegones de Zurbarán; como éstos, son sobrios y senequistas, no hay en ellos ni ironía ni regodeos estéticos, sino una especie de minimalismo andaluz de casas esenciales, cubos habitables perfectamente integrados en el paisaje, blancos luminosos y negros vestidos. Toda la imaginería barroca queda descartada, una sustancia metaliteraria está presente en todas las tomas.

El argumento, enorme y ambicioso, bebe en abundantes referentes fotográficos, de Weston a Adams, de Sander al mejor fotoperiodismo de Magnum, de los documentalistas plásticos más modernos a la fotografía más pura. Los hombres y mujeres de las marismas de Atín Aya van desde los americanos del Nueva York de Klein, a los de la América de Walker Evans y Frank, incluso a los de Lorca DiCorcia; y esto es lo que confirma la capacidad imaginativa de su autor para anunciarnos que de sus capacidades expresivas podemos esperar más todavía. Dueño de una estética propia, con refinados juegos visuales plenos de sabiduría, con la sensualidad de unas gradaciones tonales fuertes, sus fotografías resultan duras y repletas de extrema sensibilidad.

Aya habla de los otros y de los paisajes con el silencio de la imagen e insinúa de manera precisa toda la vida que por allí pasa. Entre los cortinajes de luces y sombras también la luz aparece como un abismo, las fotografías no son estáticas, remitiéndonos a una infancia que no se ha perdido. Y así el paisaje cambia y los rostros cambian con él, creciendo juntos, mutando a la vez esos rostros porque es ese paisaje el que sigue dándoles vida.

Me gustan estas fotografías porque ofrecen una perspectiva que nos permite conocer y mirar con ojos atentos e incluso no quedarnos con el presente, sino ver lo anterior y proyectarnos hacia el futuro. Esta proyección de la historia hacia el futuro es lo que considero importante en la iniciativa de Atín Aya, porque es una hermosa empresa en la que estuvo embarcado durante mucho tiempo. Investigando, recopilando, y ahora publicando este libro sobre una peculiar zona geográfica. La historia de un país, o de un trozo de ese país, nunca será completa si se prescinde de las circunstancias ligadas a la vida y a los hábitos de su gente, a sus deseos, a sus esperanzas e incluso a sus derrotas. Creo que aún cuando los autores –cualquier autor- cambien o modifiquen algunas situaciones, siempre están transmitiendo una individualidad que se incorpora inmediatamente al ciclo de la historia sólo por el mero hecho de haberla fotografiado.

La fotografía permite recoger y guardar el pasado. Es un archivo de recuerdos y en los recuerdos está el fundamento de nuestra identidad. Casi todos los trabajos, si son sinceros, terminan pareciendo una especie de autobiografía que hace inteligible la vida privada. No conozco a Atín Aya, pero estas fotografías me dan una idea aproximada de quién es. Creo que es un fotógrafo ético porque la condición ética de la sinceridad es una condición ineludible en cualquier obra y tal vez su mayor atractivo, puesto que en ella todavía es tolerable la distinción entre lo falso y verdadero, entre impostura y rigor.

En este trabajo no hay relaciones. Hay conexiones. Son las vibraciones, los ritmos, las intensidades, y no exclusivamente el tema narrativo, lo que nos permite conectar una imagen con otra, lo que hace de él un trabajo acabado y completo, dándonos una visión de lo general en base a particularidades.

Son fotografías luminosas.

La luz que ilumina las fotos no es la que produce una lamparita eléctrica. Es insólita, potente, como la que acompaña a las revelaciones. Como en los poemas de Olga Orozco, la luz es el otro y también un abismo. Como ella, el fotógrafo está en el

otro extremo de la fabulación sin línea, del fluir incontrolado y del retorcimiento estético que lleva al vacío. Y es que fotografiar no es una simple comunicación con el espectador, ni siquiera consigo mismo, sino comunicación con lo inefable. Y cuanto más precisión se logra al expresarse, más cerca se llega a lo que no se puede expresar.

Son fotografías silenciosas.

La oscuridad es otro sol. Y es que hay ocasiones en que los destellos del sol oscurecen y las sombras son descubrimientos de otros misterios. La oscuridad está llena de preguntas que a veces iluminan respuestas. Tal vez porque el camino a través de la noche oscura lleva a la luz (San Juan). Pero también, porque es un sondeo en zonas sombrías, en los depósitos de la memoria, en los sueños, en las sensaciones subyacentes. Y por esa razón considero a Aya un alquimista que logra transformar lo desconocido en... ¿en qué? En otro desconocimiento radiante. Y ese camino lo hace a través de la realidad, con el común denominador del paisaje y con muy pocos elementos. Al empaparse con ellos, consigue hacer de la realidad algo irreal, en lo que estos seres viven y en lo que el paisaje los determina con lo que la escuálida realidad puede volverse centelleante.

Son fotografías elocuentes.

Estos retratos de naturalezas vivas no sólo son, sino que son más que eso. Crecen y misteriosamente cambian de ser, cambian para ser cada vez más ellos mismos, una gente que está, que es, que siente y dice en un plano tan humilde, que llega a ser poético, casi místico, trascendido aún en el plano estético y desde luego en el terrenal. Se interna en dimensiones de comunión, en el lugar de la eternamente enigmática condición humana.

Es un libro proustiano: a la búsqueda de las marismas perdidas. A la búsqueda de unas gentes encontradas. Son fotografías en las que se asocia la biología y la psicología, pero sobre todo, es magia y es poesía (si no son una), aliadas a los ojos bien abiertos y a la razón. A esa *razón iluminada* de la que habló algún pensador. Son retazos de poética y dura realidad.